CAPÍTULO XII.

Jesucristo quiso ser crucificado para hacerse el hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomprensibles á María, cuyos sufrimientos se hicieron, por lo mismo, extremos é incomprensibles. De aquí se deduce la grandeza de su amor á Jesucristo. Caractéres y orígen de este amor, que es el principio de la pasion de María; amargura y rigor de esta pasion. El Rey de los mártires llamó á María al pié de la cruz, para que fuese la Reina de los mártires. Salomon y Betsabé son una figura de este misterio.

Ya hemos visto cómo la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á María. Ya hemos dicho cómo sintió Ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavía un poco á examinar la extension y la intensidad de las penas que María sufrió. Es necesario notar desde luégo que María no es una Madre como otra cualquiera, sino una Madre que tiene á un Dios por Hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para Ella la causa de los más acerbos dolores, así como fué tambien el orígen de los más grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le ocasionamos.

Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de

Dios, hecho Hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por él su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte, á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el príncipe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado, y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al ménos la comun opinion de los Santos Padres, de los doctores y de los intérpretes; opinion que la Iglesia ha consagrado en cierto modo, por la manifestacion que de ella hace en el oficio de la cruz y en el de la pasion.

Pero si esta razon es verdadera, no es la única por que quiso ser crucificado el Redentor del mundo. San Atanasio, como lo refiere Cornelio à Lapide, afirma que Jesucristo eligió la muerte de cruz como el remedio más oportuno, como la expiacion más natural de la concupiscencia, que todos habiamos contraido por el primer pecado, y que es el orígen funesto y la fuente emponzoñada de todos los demas (1).

Esta opinion parece está apoyada en la autoridad de San Pablo, que dice: «Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo quiso crucificar, y crucificó verdaderamente, en Sí mismo nuestro hombre viejo para la

(1) Crux est expiatio et remedium concupiscentiæ ex peccato Adæ contractæ, quæ fons et origo est omnium peccatorum. (*S. Athanas., De Incarn. Verbi.; à Lap., in Matth.*)

destruccion del cuerpo de pecado» (1). Pues bien, este hombre viejo y este cuerpo de pecado no son otra cosa que la concupiscencia, que se extendió hasta nosotros por consecuencia del pecado.

Para conocer la relacion que la concupiscencia del hombre puede tener con la muerte de Jesucristo en la cruz, es necesario observar que la concupiscencia es esa levadura funesta que corrompe toda la masa, ese veneno sutil y violento que se manifiesta en todas partes, que vicia, altera y deteriora al hombre, que por medio de los sentidos y de las pasiones ejerce sobre él el más terrible imperio. Hija del primer pecado, engendra á su vez y se reproduce en todos los pecados. Todos los pecados están representados en ella y por ella, así como todos se cometen en ella y por ella. Habiéndose encargado el Hijo de Dios de satisfacer, no sólo por el primer pecado, orígen de la concupiscencia, sino tambien por todos los pecados de los hombres, que son sus consecuencias, debió tener presente con especialidad la concupiscencia, que los comprende á todos, que los representa á todos, y á quien San Pablo llama muy lógicamente *el cuerpo de pecado*. El debió preferir un género de suplicio en el que este cuerpo de pecado y la concupiscencia fuesen condenados, castigados y vulnerados en todas sus ramas. Pues bien, el género de muerte más á propósito para este fin era ciertamente el de la cruz; porque, si la concupiscencia en-

(1) Hoc scientes quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruatur corpus peccati. (*Rom.*, VII, 6.)

cierra en sí todos los pecados, la cruz tambien, como dice Cornelio à Lapide, hace sufrir todos los tormentos. Ella es á un tiempo mismo un puñal que hiende las manos y los piés, un potro que extiende y disloca todos los miembros, un garfio que desgarra, una bestia feroz que devora y despedaza, un fuego que rodea al hombre, lo abrasa y lo consume lentamente (1). Por esta causa, dice el mismo autor, sufrió Jesucristo todo cuanto es posible sufrir, todos los tormentos que han sufrido los mártires (2); el suplicio, en fin, que convenia á Aquel que queria satisfacer por las culpas de todos los pecadores. Aquel que era la santidad misma, la inocencia por esencia, habia cargado voluntariamente con la odiosa responsabilidad de todos los crímenes; por consiguiente, El se hizo el Hombre de todos los pecados, y segun la enérgica expresion de San Pablo, se hizo en cierto modo el pecado mismo (3). Del mismo modo, por su cruz, se hizo el Hombre de todos los dolores, de todas las miserias y de todos los padecimientos; El se hizo el dolor mismo, la miseria misma y el padecimiento por excelencia (4).

La concupiscencia, efecto y causa á un tiempo mis-

(1) In cruce omnium pœnarum genera concurrunt. Crux enim manus pedesque secat ut gladius, corpus distendit ut eculeus, lacerat ut ungula, laniat ut bestia, urit ut focus, adeoque lento quasi igne hominem assat et necat. (*Corn. à Lap.*)

(2) Quare Christus omnium Martirum tormenta sensit. (*Ibid.*)

(3) Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit. (II *Cor.*, V, 21.)

(4) Virum dolorum et scientem infirmitatem. (*Is.*, LIII, 3.)

mo del pecado, se habia propagado desde un principio por la culpa de los dos sexos, y habia sido despues para los dos sexos un gérmen y una ocasion de pecado. Los dolores y los sufrimientos del Hombre-Dios hubieran sido más que suficientes para expiarla, como la expiaron en efecto; sin embargo, para que la figura fuese completa exteriormente, quiso el Redentor que los dos sexos concurriesen á esta grande expiacion, á esta condenacion solemne; quiso que al lado de Jesus, *el Hombre de dolores*, se hallase tambien *la Mujer de dolores*, es decir, María, y que los padecimientos inefables del uno se comunicasen de la manera posible al otro.

Y bien, ¿qué entendimiento podrá jamas comprender, qué lengua podrá explicar jamas los tormentos del Hombre-Dios en la cruz? Su cuerpo es inocente, santo, puro y sin mancha; el nuevo Adan fué formado, lo mismo que el antiguo, de una tierra vírgen, de una carne extraña al desórden de la concupiscencia y del pecado; sin embargo, El tiene un verdadero cuerpo humano, compuesto de carne y de sangre, supuesto que lo tomó por los hombres, sus hijos, que, como observa el apóstol, están compuestos de carne y de sangre (1). Mas, como estos hombres son pecadores, esta carne, á fin de poderlos representar, es semejante á la carne de pecado (2); es decir, pasible, mortal, enfer-

(1) Quia pueri communicaverunt carni et sanguini, et ipse similiter participavit eisdem. (*Hebr.*, II, 14.)
(2) In similitudinem carnis peccati. (*Rom.*, VIII, 3.)

ma, como la carne del hombre despues de su caida, y por lo mismo, representa muy bien exteriormente nuestro *viejo hombre*, nuestra concupiscencia, el *cuerpo de pecado*. La justicia de Dios la aflige y la castiga, imponiéndole penas severas, debidas tan sólo á la carne pecadora, infestada por la concupiscencia y por la iniquidad. La concupiscencia tiene tres ramas principales: el amor de los bienes sensibles, el orgullo y la voluptuosidad; todas tres son castigadas y expiadas en esta carne, por un despojo absoluto, por los oprobios de todo género y los tormentos más atroces. Así como la concupiscencia infesta todo el cuerpo, sin dejar parte alguna exenta del desórden del pecado, así tambien el patíbulo en que Jesucristo es colocado pone todo su sagrado cuerpo en un horrible tormento, y no deja parte alguna de él que no le haga sentir un dolor particular. Sus ojos no encuentran más que objetos de compasion ó de horror, sus oidos no oyen otra cosa que insultos ó blasfemias, su frente es atravesada por las espinas, su lengua atormentada por la hiel, su cuerpo suspendido y asegurado con enormes clavos. La cruz, en que están extendidos violentamente sus sagrados miembros, disloca los huesos, dilata los músculos, rompe los nervios, y desgarra y destroza tambien las entrañas. Ni aun las partes más internas, ni aun la médula de los huesos está exenta de tormento. Jesus no experimenta otra cosa que dolor, dolor el más agudo y el más refinado, dolor universal, que le rodea y le penetra por todas partes, que le desgarra, le ator-

menta y le consume, y que le hace, en fin, el hombre de dolores, porque quiso recibir la forma del hombre de pecado.

¡Qué estado tan violento, qué situacion tan cruel para la humanidad santa del Salvador! Con mucha razon nos decia por la boca de un profeta: «¡Oh vosotros, todos los que me veis clavado en esta cruz, contemplad lo que sufro, y podreis decir despues si hubo jamas entre los hombres uno que fuese tratado con tanta crueldad, y si hay un dolor que pueda compararse al mio!» (1).

Observemos tambien que Jesucristo sufre todo esto en presencia de María, y que no sólo ve Ella, sino que calcula y penetra el exceso incomprensible de tantos padecimientos. Así como Ella es la Persona que se encuentra más próxima á la cruz, así tambien es la Criatura á quien esta cruz atormenta y aflige más cruelmente.

¡Misterio profundo de la sabiduría y de la justicia divina en el órden de la gracia! Los tormentos de María están en proporcion de su dignidad, de su virtud y de sus privilegios. Llena de gracias y Madre de Dios, excede en dignidad á todo lo que no es Dios. Ella se halla colocada, por decirlo así, en los límites de la creacion; Ella ha agotado todos los privilegios que una simple criatura es capaz de recibir; más allá de Ella no hay más que lo infinito y lo increado. Ella es,

(1) O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus! (*Thren.*, I, 12.)

dice San Agustin, la obra maestra del poder divino; superior á Ella no hay más que el que la formó (1). Esta es precisamente, dice San Amadeo, la medida de sus padecimientos. Así como no hay criatura alguna que, por el esplendor de sus privilegios y el mérito de sus virtudes, se haya aproximado más al Dios hecho hombre, ninguna tampoco se aproximó más á El por la multitud de los tormentos y la intensidad de los padecimientos (2).

No hay tormento alguno, no hay dolor ni padecimiento que pueda compararse á los tormentos, á los dolores y á los padecimientos de Jesucristo. De la misma manera jamas hubo en el mundo, añade el mismo padre, una pasion que pueda compararse ni aun remotamente á la pasion de María, exceptuando la de su Hijo (3). Con mucha justicia exclamaba el Profeta en su inspiracion: «¡Oh Vírgen incomparable! ¡Oh Hija desolada de Sion! ¡A quién podré comparar la inmensidad del dolor que ha quebrantado y destrozado vuestro corazon, sino á un mar inmenso y sin límites!» (4).

¡Ay! En María todo es misterio profundo, misterio

(1) Opus quod solus artifex supergreditur. (*S. Aug.*)

(2) Præ cunctis Sanctis fuit Christo vicinior, non tantum in odore unguentorum, sed in multitudine dolorum; non solum in gaudio consolationum, verum etiam in abundantia passionum. (*S. Amad.*)

(3) Nulla huic similitudo, nulla ad tantum mœroris acerbitatem accedit comparatio. (*S. Amad.*)

(4) Cui comparabo te, vel cui assimilabo te, Virgo, filia Sion?... Magna est velut mare contritio tua. (*Thren.*, II, 14.)